

Antonio Pereira Madrid

Agustín Cerezales Madrid

18 de mayo 91

Querido Antonio: perdona que te escriba con ordenador. No es vicio, es que así te ahorro el desciframiento de mi letruja. Te escribo para agradecerte tu llamada del otro día. Fue mala pata que estuviéramos jugando al dominó en ese momento, y que mis buenos amigos, aunque corteses y pacientes, ofrecieran tan patética imagen en torno a la mesa... Lo cierto es que cerré con las blancas, y que te dediqué el triunfo.

Digo que fue mala pata, porque de buena gana hubiera seguido escuchando tus apreciaciones, máxime cuando entrábamos en el tercio de varas. Y es que, sin renunciar a los elogios, tan necesarios, tan estimulantes cuando proceden de un lector como tú, has de saber que me interesan muchísimo tus censuras. Si algún día tengo la oportunidad de reeditar este libro... ¿me prestarás tu ejemplar? Ten en cuenta que pocos autores tienen la oportunidad de acceder a una lectura de su obra como la que tú haces, y también que, por mi parte, no hay miedo de que ninguna observación tuya pueda herirme, por muy severa que sea. Pues, aunque efectivamente la vanidad pueda resentirse, siempre, procediendo de ti, se compensará el daño con la satisfacción de la inteligencia.

Estoy impaciente por saber qué te parece el libro, si has seguido avanzando en su lectura. Espero una apreciación global. ¿Querrás dármela? Sé que es mucho pedir, máxime cuando yo no estoy en condiciones de responder equitativamente a tu generosidad. Como habrás podido observar, he aprendido de ti más de una cosa. Pero todavía he de aprender más. Entre ellas, a leer.

Otros temas que nos quedan por hablar: el de la difusión. Tiene un doble aspecto. Por un lado está la obra en sí, que puede resultar elitista. Por otro, el de la editorial y sobre todo el de la distribuidora. En mi caso, la editorial está muy bien, pero la distribución es un desastre, y empiezo ya a mosquearme: el libro, a los quince días de haber salido, ya no está ni en Crisol. Y lo peor es que no está no porque se haya vendido, sino porque ni se repone, ni probablemente se repondrá nunca.

Tengo para mí que uno de los síntomas, de las pendientes que nos llevan hacia el desastre cultural, es la concentración de la industria editorial, y el trato mafioso que los distribuidores dispensan a los pequeños editores, los únicos que, en mi opinión, pueden garantizar la diversidad, el riesgo y la libertad. Pero en fin, eso habría que hablarlo quizás con Guerra Garrido. ¿Eres amigo suyo? ¿Tienes esperanza alguna en que la Asociación de Escritores pueda servir para algo? ¿No habría que impulsar la creación de una gran distribuidora que agrupara a los pequeños, y los defendiera en el mercado? Uno no ve los problemas hasta que le afectan directamente...

En cuanto al carácter elitista de una obra, es tema a ponderar. No creo que la mía lo sea en exceso, ni en intención, aunque algunos de sus planteamientos lo parezcan. De hecho, creo que si el lector español no fuera tan cazurro, tan borrego, o que, aun siendo el lector borrego, si no fueran tan zafios sus pastores (editores, prensa), no tendría ningún problema a la hora de leer "cuentos". De todos modos, te confesaré que ahora estoy inmerso en una novela, y además, una novela de "vocación comercial", es decir, edificada con materiales comestibles a priori, como la casita de chocolate... ¿Cómo se come? Pues muy simple: no soy yo quien la escribe, sino un heterónimo. Por otra parte, me estoy divirtiendo como un loco, y aunque al final salga un churro, pues que me quiten lo bailado. Este heterónimo mío está bastante lejos de mis postulados estéticos, pero tiene una gran, envidiable libertad de pensamiento y acción. Y, la verdad, no creo que salga un churro total. Y si sale, pues a la papelería... A fin de cuentas, ya sabía, desde el principio, que es muy difícil llegar a vivir de la literatura. ¡Por lo menos, habrá que divertirse, y no conozco mejor manera que ésta!

No te doy más la lata. Espero noticias tuyas. Un abrazo muy fuerte, y para tu gentil Úrsula. Hasta pronto,